

Selección RNR

*Siervo
de tu
amor*

SANDRA PALACIOS



Romance Histórico

SIERVO DE TU AMOR

Sandra Palacios

1.ª edición: abril, 2015

© 2015 by Sandra Palacios

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 9792-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-079-6

Contenido

Portadilla

Créditos

Agradecimientos

Siervo de tu amor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

EPÍLOGO

Nota de la autora

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi marido y a mis hijos la paciencia y la comprensión que tienen conmigo, sobre todo cuando me da por contarles las historias de mis novelas. También a las foreras de El Rincón de la novela romántica, que no puedo olvidar que gracias a sus comentarios me animaron y se involucraron mucho con Siervo de tu amor.

Pero de quien de verdad no puedo olvidarme, es de las tres hadas que me regalaron parte de su magia haciendo que Kiar y Nerys se encuentren en un lugar privilegiado. Lola, Esther y Laura, sois auténticas. Muchas gracias.

Siervo de tu amor

Año de Nuestro Señor de 1292, en algún lugar de las Highlands.

El fuego lo devoraba todo sin compasión. Los gritos de terror y auxilio se perdían entre la densa capa de humo que ascendía hasta lo más alto de la montaña, mezclándose con la niebla que se arremolinaba en el suelo. Llamas rojas lamían las paredes de todas las cabañas de la aldea, consumiendo los tejados de paja y las vigas de madera vieja. Ni siquiera la casa señorial, allá en el cerro, se había librado de las lenguas ardientes que destruían todo a su paso.

Y allí era aún peor. Allí se habían concentrado los asesinos, a la espera de hundir sus *claymores* en alguna víctima.

La hermosa luna se hallaba justo encima, brillando en toda su plenitud, y recortando las sombras de manera grotesca; iluminando a los pobres desalmados que pretendían huir del gigantesco horno en que se habían convertido sus hogares.

Nerys cayó en el amplio portalón y enseguida notó que alguien la aferraba del vestido y la ponía en pie de nuevo. No se atrevió a volver la cabeza y continuó corriendo tras Annabella.

Estaba muy asustada, no comprendía por qué la habían despertado en mitad de la noche, arrastrándola hasta allí; sólo sabía que debía seguir a su hermana hasta el depósito exterior, donde guardaban los víveres.

—¡Nerys, corre! —escuchó que decía Annabella.

Una viga de madera se derrumbó en el suelo del patio, y Nerys gritó. Desde su posición no era capaz de ver a su hermana; en realidad, con el humo, no era capaz de ver nada.

Se alejó de la viga que era ya pasto de las llamas. Su única opción era salir fuera, pues era el único sitio donde se podía respirar.

Vio a Mervin MacBean pasar ante ella como un rayo, y se asustó. Mervin era un hombre fiel de su padre, la persona más tranquila que ella hubiera visto nunca. Ahora llevaba un arma en la mano y un rictus cargado de ira dirigido a alguien que Nerys no lograba ver.

—¿Qué haces aquí? —Rugió su padre tras ella, tomándola con fuerza del brazo—. Te dijeron que fueras con los demás.

Edwin se movía nervioso, su rostro era una máscara peligrosa, y sus ojos oscuros la taladraron con ferocidad.

Nerys le observó con las mejillas surcadas de lágrimas, quiso explicarle que ella no había tenido la culpa, que había sido la viga, pero Edwin agitó su largo cabello y la apartó contra uno de los muros cercanos a la salida.

—No te muevas de aquí —ordenó con una mirada seria que no admitía réplicas.

Nerys asintió, sin atreverse a levantar la vista hacia su cara. Los agudos golpes de los *claymores* resonaban en la pradera junto a los gritos de guerra y dolor.

—¡Han arrasado la aldea! —aulló Mervin, cargando con fuerza contra uno de los bandidos. Los pocos hombres de Edwin luchaban con ahínco, sin embargo los habían pillado desprevenidos. Ni siquiera sabían quiénes eran los atacan-

tes cuando los fuegos habían comenzado a provocar el desastre.

—¡Corre! —Nerys sintió el tirón de su mano, y suspiró aliviada al descubrir a su primo Douglas. Le hizo atravesar el portón, ocultos entre las sombras, y saltar al pequeño foso que una vez tuvo agua pero que, en aquel momento, estaba completamente seco.

—Deberíamos esperar ahí —le dijo Nerys. Estaban corriendo, cogidos de las manos.

—Acabarán con todos, prima —le gritó cuando sintió que se detenía.

—Mi padre... no morirá. —No importó lo que dijera, se dejó llevar. Atrás quedaba la luz de las hogueras y el ruido ensordecedor del edificio, derrumbándose.

—Nos esconderemos hasta que pase todo —dijo Douglas, ayudándola a subir por la pendiente. No era la primera vez que escapaban de la casa por el foso, pero en aquellas otras ocasiones solamente había sido por diversión.

Ambos se cobijaron bajo las ramas de un árbol que de día ofrecía una frondosa sombra, y observaron en silencio cómo tanto los aldeanos como los hombres del clan caían derrotados.

Mujeres, niños, los bandidos no dieron tregua alguna.

—Tengo miedo, Douglas —dijo Nerys, rompiendo a llorar. El muchacho la abrazó con fuerza.

—No te preocupes, alguien vendrá a buscarnos —susurró, tratando de tranquilizarla. Si escuchaban sus sollozos, estarían acabados—. Los hombres de William Wallace no deben andar muy lejos. Intenta no gritar, Nerys, por favor.

—Mi madre y Annabella y toda mi gente —sorbió ruidosamente por la nariz—. ¿Qué pasara con ellos? —Agitó la

cabeza, con los ojos desorbitados—. ¡No les permiten salir! ¡Tenemos que hacer algo, Douglas! —Y aunque dijo eso, ¿qué podía hacer una muchacha de catorce años junto a un jovencito de dieciséis?

Douglas se puso en pie, repentinamente, y la arrastró por la ladera hacia abajo, rodando, hasta llegar a un pedazo de explanada.

—¡Corre! —gritó, aterrorizado.

Nerys giró la cabeza y observó las dos oscuras figuras que llegaron hasta la cima a caballo, sus siluetas se recortaban contra la luz de la luna de forma amenazante, como ángeles endemoniados saliendo de las tinieblas. Se levantó las faldas y se lanzó a la carrera todo lo que pudo. Llegó un momento en que no vio a Douglas, pero podía sentir los cascos de los caballos todavía a su espalda.

Reconocía el sitio y no dudó en arrojar desde la gran piedra hasta el lago.

Las faldas, una vez empapadas, comenzaron a tirar de ella hacia abajo con fuerza. Por unos segundos, llegó a pensar que se ahogaría si se apartaba de la orilla; incluso sentía cómo sus pies se hundían entre la arena, y pequeñas piedras que cubrían el fondo del lago.

Las aguas heladas se clavaban en su cuerpo como miles de alfileres, y aun así no emitió ningún sonido que pudiera descubrirla. Los bandidos estaban allí, muy cerca de ella, podía oír las ininteligibles palabras que llegaban hasta el hueco de la roca donde estaba escondida.

El agua le llegaba hasta el cuello, y con las manos se aferraba a la rugosa piedra, introduciendo los dedos en las grietas para no ser arrastrada hasta las profundidades.

Un tiempo después escuchó con alivio cómo los caballos se lanzaban a galope, sus cascos se oían cada vez más lejanos y, por fin, se atrevió a salir del agua, llorando silenciosamente.

Se detuvo y aguantó la respiración, expectante, cuando se movieron las ramas delante de ella.

—¡Ayyy! —gritó Douglas en un susurro, saliendo de su escondite.

Nerys, con un sollozo y cogiéndose las pesadas faldas, llegó hasta él. El joven aún se arrancaba cardos de la ropa y aguantaba con firmeza los dolorosos agujonazos cuando se topó con la asustada mirada de su prima.

Con un último vistazo a la ancha columna de humo que ascendía hasta el cielo de la noche, Douglas cogió la mano de Nerys y la guio por el camino, alejándose cada vez más de lo que había sido su hogar.

Ambos deseaban volver y ver con sus propios ojos lo ocurrido, necesitaban averiguar si alguien había quedado con vida, deseaban quedarse por allí cerca, que era lo único que habían conocido hasta entonces, pero también eran conscientes de que el peligro los seguía acechando.

—¿Adónde iremos, Douglas? —Los labios de la niña, que habían adquirido un tono morado, temblaban sin control. Gruesas guedejas de su largo cabello se adherían a sus frías mejillas.

—No lo sé —gimió el muchacho, a punto de llorar. Le daba vergüenza que Nerys viera su debilidad, pero estaba asustado. Su prima era lo único que le quedaba para poder seguir manteniendo un poco de cordura. ¡Acababan de asesinar a todos los MacBean, excepto a ellos!

Año de Nuestro Señor de 1295 (tres años después)

Nerys terminó de guardar las pertenencias de Isabella de Mar en el lujoso arcón que el conde de Carrick había enviado. Rezaba para que nadie se diera cuenta de que Isabella había cruzado los muros para encontrarse con su prometido.

Si Helen, la madre de Bella, se enteraba de lo ocurrido, las castigarían a las dos y las encerrarían en la torre hasta que sus ánimos se calmaran, lo que no les estaría mal empleado, a una por desobediente y a la otra por encubridora. ¡No estaba bien visto que los prometidos se vieran lejos de las miradas de los mayores! Pero Nerys tenía un pequeño problema: no sabía decir «no». Una sencilla palabra que era incapaz de pronunciar. Tampoco es que le pidieran cosas muy descabelladas pero, si alguna vez llegaba ese día, ¿sería capaz de negarse?

Los tiempos eran muy difíciles, y la lucha por el trono de Escocia incesante. La corona pertenecía al clan de Carrick; sin embargo, habían tenido que cederla a un pariente lejano: Juan de Balliol.

Robert Bruce, el prometido de Isabella, lo encontró totalmente injusto, como la mayoría de los *highlanders* que habían esperado que reinara él. Había entrenado y adquirido conocimientos como para declararse rey de Escocia. A su juicio, se impidió que la rama de su familia tomara el lugar que les correspondía en el trono.

El día que murió la madre de Bruce, Marjorie, hija de Niall de Carrick, él heredó el condado, convirtiéndose así en el señor de Carrick que, por otro lado, su abuelo Robert Bruce V, señor de Annandale, le cedió también su señorío. Desde aquel día, tanto Bruce como su padre se unieron a la causa de Eduardo I de Inglaterra contra Balliol.

Poco después fue cuando Bruce conoció a la hermosa Isabella, una joven saludable, de diecisiete años. Comenzaron un romance secreto a pesar de que ambos provenían de buenas familias, pero siempre con el temor de que algún enemigo de Carrick interfiriera en el noviazgo. Nerys había sido protagonista de muchos de los encuentros de los dos tortolitos. De eso había pasado ya un año.

—¿Habéis acabado, Nerys? —preguntó Bella con su dulce voz, ingresando en el dormitorio. Se la veía radiante, con las mejillas sonrosadas y el cabello revuelto con briznas de heno y paja—. Mi señor sugirió salir con las primeras luces del alba. ¡Estoy tan nerviosa! ¡No puedo creerme que, en apenas una semana, nos casemos por fin!

—Ya pensaba que nunca llegaría el día —refunfuñó Nerys, cerrando la tapa del arcón con un golpe seco. En el fondo, ella también estaba feliz; el condado de Carrick quedaba próximo a lo que un día fue su aldea, y aunque ahora aquello estaba desolado, confiaba en encontrar a algún familiar con vida. Necesitaba encontrarlo.

Douglas ya había hecho varios viajes hacia las tierras MacBean, sin éxito, y aunque William Wallace y los demás guardianes de Escocia decían haber dado caza a los asesinos, ejecutándolos sin ningún miramiento, se habían escuchado rumores de que un hombre muy poderoso había estado tras ello. Sin embargo, al no encontrar pruebas sufi-

cientes, lo habían dejado en libertad. No lograron hallar a Edwin ni al resto del clan que moraba en el castillo.

Nerys estaba convencida de que encontraría las pruebas necesarias, así tuviera que sacarlas de debajo de las piedras. Y cada día que pasaba se alimentaba un poco más su odio y su sed de venganza hacia John de Warenne, conde de Surrey. El asesino de su familia. Y por mucho que quisiera a Bella, no podía decirle que no se fiaba de los guardianes ni de su futuro esposo.

—¡No os quejéis! A mí se me ha hecho más largo que a vos. —Bella se sentó sobre la cama y la miró con ojos divertidos—. ¿A que no sabéis que he oído, Nerys?

La muchacha, intrigada, se acercó a ella, expectante. Se habían hecho muy buenas amigas desde que llegara, junto a Douglas, rogando protección a Domhnall I, Conde de Mar. Ella misma se había ofrecido para servir a Bella, quien tan sólo era un año mayor, y a raíz de aquel día su amistad fue floreciendo como las rosas en primavera.

—¿Qué habéis escuchado, Bella?

—Mi padre quiere buscaros esposo. No me miréis así, Nerys, me ha prometido que el hombre tiene que gustaros. ¿Sabéis qué significa? —Nerys negó, agitando la cabeza y mirándola con sus hermosos ojos verdes a través de las largas y espesas pestañas, con asombro—. Que podréis elegir como yo lo hice.

—No habéis tenido mucha elección, que digamos.

—Tampoco la he necesitado. Desde que Robert se cruzó en mi camino, no he tenido ojos para nadie más. ¡Es tan guapo y tan listo! Aprendió todos los idiomas de su linaje y de la nación; domina el francés gálico y normando, y el latín. —Se frotó las manos, emocionada—. ¿Os cuento un se-